

## Un rabo de nube

¡Qué fácil resultaría todo si coincidiéramos en el mensaje de que la violencia la causa una situación política inadecuada que se pudiera corregir! ¡Cuánto dolor y hastío nos habríamos ahorrado! Porque dolor se ha generado como para llenar mares de lágrimas y hastío como, incluso, para renunciar a vivir en este estupendo país. Sin embargo, para nuestra desgracia, es imposible que podamos coincidir en esa cuestión.

Imposible porque somos muchos los que tenemos la absoluta convicción de que la violencia no tiene ninguna razón que la justifique, salvo aquella que ofrecen sus ejecutores y quienes les apoyan -a estas alturas, ya casi todo el mundo sabe que son argumentos para justificar su persistencia-. El uso de la violencia no ha sido inevitable, como pretenden defender quienes la apoyan, sino que ha sido el recurso por el que optó y opta un reducido grupo de nuestra sociedad con objeto de tratar de imponerse al resto. Ni la independencia de Euskadi, ni el deseo de transformar este país en un proyecto de izquierdas son argumentos que avalen nada, porque muchos vascos desean la independencia de este país y no sólo no cogen las armas, sino que incluso la rechazarían si se consiguiera por este método. Ni los militantes de la izquierda ven como única opción recurrir a la eliminación del adversario; más bien, están en la posición contraria: en la de tratar de convencerle. Sería interesante analizar, por si de ahí se pudiera aprender algo, el proceso por el que se convencen de que su causa es más sublime que el valor de la vida de otro, porque me resulta difícil pensar que quienes apuestan por esta violencia no se pregunten por qué los sudamericanos que nos venden pañuelos en la Gran Vía, no nos pasan por cuchillo como respuesta a lo que han heredado de nuestra soberana actuación en América; o por qué no ha surgido aún un grupo de mujeres que extermine hombres teniendo en cuenta los malos tratos que se reciben -la lucha de la mujer, por ejemplo, es centenaria, nunca ha utilizado la violencia y obedece a siglos y siglos de absoluta desigualdad y abuso de poder-. Así pues, es imposible concluir que la violencia haya surgido de la necesidad, sino de la voluntad de unos pocos.

En lugar de tratar de cambiar comportamientos y de hacer entender planteamientos razonables, como se hace en otras causas, la propuesta de ETA es que, dado nunca se va a conseguir su objetivo -que cada vez lo alejan más de la realidad-, cogen la pistola y aplican *su ley*. Por suerte, esta propuesta cada vez gusta a menos vascos y cada vez deja más entrever esa obsesión por justificar su existencia. Sin embargo, el hastío que produce la persistencia de ETA y el deseo de terminar con esta situación nos pueden llevar al deseo de coger peligrosos atajos. Me temo que quienes exploran este camino lo hacen desde la impotencia y la búsqueda de soluciones rápidas. En cualquier caso, hay reglas que no se pueden transgredir. En primer lugar, no todo vale en la lucha contra el terror. En segundo lugar, en una democracia no se pueden rebasar límites, como por ejemplo, realizar cualquier tipo de concesión política al terrorismo, bien a través de planteamientos políticos que auguren un posible final de la violencia, como, y sobre todo, negociando con ETA cuestiones que afectan a la voluntad democrática

de los ciudadanos. Esto no se puede hacer por muchas ganas que tengamos de terminar con estos 40 años de terrorismo, por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque sería el final de la democracia y del Estado de Derecho. Y, en segundo lugar, porque nadie podría mirar a los ojos a los cientos de víctimas asesinadas y miles de personas mutiladas y brutalmente heridas.

Miro por la ventana y veo destellos de luz en actos como la manifestación “**Gure izenean, askatasuna eta bakea. ETA NO**” que convocó ayer Gesto por la Paz. Estos destellos sobresalen entre tenebrosas sombras, nubes y oscuridad. No es el cielo del norte lo que veo, sino el ambiente putrefacto con que la violencia ha impregnado toda nuestra sociedad. Seguiré soplando para que se aleje esta oscuridad y *si me dijeran ¡pide un deseo!, elegiría un rabo de nube, que se llevara lo feo y nos dejara el querube, un barredor de tristezas, un aguacero en venganza que cuando escampe parezca nuestra esperanza.*

Isabel Urkijo